



FILIACIÓN EN EL HIJO. ANTE TODO HIJOS

2ª Conferencia del VI EFCSM 2011

D. Luis Alberto Jorge Guarás

© 2011. Fundación MAIOR

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación MAIOR, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

“FILIACIÓN EN EL HIJO. ANTE TODO HIJOS”

*“La Palabra eterna de Dios fue una vez niño,
y por eso ha seguido siendo siempre un niño.
Se hizo un hijo de hombre,
porque no fue nunca ni será nunca otra cosa
que el niño eterno del Padre”
El Todo en el Fragmento.*

Introducción

Ingresar al tema de la filiación y la niñez es ya de por sí una gracia. En la infancia se nos regala un anticipo de lo que es el sentido pleno y consumado del hombre. También el sentido del ser filial de Jesús, y su auténtica recepción, se representa de modo primordial en el abrazar a un niño, y en el volverse a sus sentimientos originarios. Quien recibe a un niño lo recibe a él, y quien lo recibe a Él recibe a Aquel que lo envió (Mc 9,37). Como vemos, el niño nos lleva como de la mano hasta el Origen mismo, hasta la fuente manante y secreta del Amor que todo lo fundamenta. Es por eso que el agradecimiento se torna la actitud más natural. Agradecimiento a Dios, a los hermanos de la Fundación Maior, que permiten este encuentro en la alegría y la fe, a la Comunidad San Juan, y a todos los que hacen esto posible. Es en este tono eucarístico inicial que los invito a entrar en el tema de la infancia y la filiación, a partir del libro de Hans Urs von Balthasar “*Si No Os Hacéis Como Este Niño*”.

En una nota final al libro “*Si No Os Hacéis Como Este Niño*”, el traductor nos recuerda que estamos ante “el último libro de Hans Urs von Balthasar, publicado luego de su muerte, y que con él concluye su fecunda tarea como escritor. Su última biografía le asigna el número 113 de sus libros.

En esta nota el traductor aclara que “*ésta es la última palabra del Balthasar anciano, experimentado en la vida y probado en la fe, que nos indica testamentariamente, con toda la simplicidad de la que era capaz, el centro primordial del ser cristiano: el ser niños, realmente niños, frente al Padre de nuestro Señor Jesucristo, gracias a la donación del Espíritu Santo*”. “*Ésta es la voluntad*”, nos sigue diciendo el traductor, “*la intención primera y la esperanza última del Origen omnisciente de todas las cosas, que Jesucristo y el Espíritu de Amor común nos enseñan a llamar “Abbá, Padrecito”. Que los hombres lleguemos a ser niños-hijos es la realización plena de su Gloria, de su Bondad y de su Verdad*”.

Que los hombres lleguemos a ser niños-hijos, a imagen del Hijo: he aquí el sentido, el telos primero y último, de toda la obra creadora y redentora de Dios. Podemos acordar entonces con el título elegido para esta exposición: **filiación en el Hijo: ante todo hijos**. Este “ante todo” indica tanto la intención primera como la esperanza última del corazón del Padre: que se realice en nosotros el ser filial, y que se cumpla en una experiencia de vivir y permanecer siempre en este estado originario a lo largo de toda nuestra vida, y aún en el más allá, en el Cielo.

No debemos olvidar la breve aclaración lingüística sobre la palabra niño o hijo, que también nos facilita el traductor. “*En alemán la palabra es das Kind (neutro, plural: die Kinder), que significa el descendiente del padre y de la madre, tanto varón como mujer, y también significa el estado anterior a la pubertad y a la madurez, la niñez. En alemán suenan simultáneamente los dos sentidos, tanto el ser infantil (niño en español) como el ser generado y provenir de otra persona (hijo o hija). Kind, entonces, en español es traducida como niño, y así el sentido de hijo o hija queda más latente. Balthasar juega con este sentido doble de la palabra alemana, que denota proveniencia de y ser generado por otro-Otro y permanente, ingenua e improblemática pequeñez*”.

Sin olvidar esto, intentaremos ver las claves del ser filial, y de la experiencia filial, así como del devenir cada vez más niños-hijos en el Hijo de Dios. Para ello partimos del despertar de la conciencia filial, lo que Balthasar llama la “identidad ejemplar” entre la madre y el niño. Buscaremos recrear ese

maravilloso momento en el que el amor llama y convoca, a través de una imagen simple y perfecta a la vez: la sonrisa materna. Ella abre al niño esa zona originariamente santa en donde todo discurre hacia el bien y la verdad, en donde precisamente verdad y bien coinciden.

Luego ingresaremos en el santuario de la experiencia filial. Acoger y ser puesto al abrigo se nos revelarán como los dos modos propios de la experiencia filial. La palabra “experiencia” nos habla no de algo abstracto, lejano, o de algún tipo de imposición legal que nos venga de afuera, y que nos indique lo que tenemos que hacer al reconocer nuestra filiación. Sino más bien de una vivencia “concreta”, en el amor de los padres, que se transforma en arquetípica y originaria. Será la vivencia alfa, que indica a su vez el sentido omega de todo el desarrollo de la existencia humana, y que alcanzará una realización de continuidad al ser abrazada en la novedad absoluta de la forma de Cristo y a su permanecer desde siempre en el seno del Padre (Jn. 1, 18).

Finalmente, intentaremos describir las actitudes y los modalidades propias del hombre que en su madurez ha logrado recordar y conservar en su corazón los dones santos de la infancia (lo que Novalis llama “el niño sintético”). Allí los santos serán los modelos luminosos, en los que se ve y se comprueba que pueden vivir sin tensión alguna la inocencia filial e infantil cristiana y la plena madurez.

Tres puntos que serán sólo un atisbo de este santo misterio, fundamento de todo otro don de Dios, por el cual todo es posible. Así en Jesús su filiación divina es el principio que sostiene y fundamenta lo que denominamos “sustitución vicaria”. Si la vida, muerte y resurrección de Cristo tiene algo que ver con nosotros hoy, es porque cada una de esas acciones dramáticas han sido realizadas, en unión hipostática, por el Hijo de Dios, segunda persona de la Santísima Trinidad. También toda nominación Mariana –madre y virgen, corredentora e intercesora, etc., se fundamentan en última instancia en su ser de modo especialísimo “hija-niña fecunda”. Debemos pensar que toda *“distinción única de María tiene su fundamento último en su igualmente única filiación divina, y que esta filiación tiene su modelo primordial en la filiación eterna del Hijo”*¹.

A ella, que *“fue iniciada en todos los misterios del ser niño como ninguna otra criatura”*², le imploramos al comenzar esta exposición nos conceda, al reflexionar sobre el ser filial, el poder participar en su pura actitud infantil.

1. El despertar de la conciencia filial

*“La infancia del Hijo es el reflejo
de la eterna novedad de toda la vida trinitaria,
es decir, de la plenitud eternamente joven
y capaz de generación del Padre
y del “más joven” en Dios: el Espíritu”
El Todo en el Fragmento*

“Entre la madre y el niño que ella lleva en su seno existe una “identidad originaria”, una unidad en modo alguno meramente “natural”, “fisiológica” o “inconsciente”, porque el niño ya es él mismo, ya es un “otro” respecto de ella, pues él se origina tanto de ella como del semen masculino”. El hecho es que esta unidad en la distinción de las personas que permanecen unidas por el amor, será para Balthasar una auténtica “imago trinitatis”

¹ “Si No os Hacéis Como Este Niño”, Fundación San Juan, 2006, 105.

² Op. cit., 100

creatural, oculta pero no del todo invisible, que desborda y supera aun aquella otra puesta en el alma y sus potencias por San Agustín –memoria, inteligencia y voluntad-.

El misterio primordial del cristianismo, que “*Dios mismo, en el interior de su unidad indivisible e inseparable, existe en la separación entre el Padre que dona y el don, el Hijo, siempre en la unidad del Espíritu Santo*”, adquiere una imago concreta en donde resplandece este misterio: la identidad originaria mamá - bebé. Y sobre todo en el hecho de que esta unidad entre madre y niño, pese a toda la fragilidad y peligrosidad de la existencia humana, pueda mantenerse firme hasta en la separación.

“*El niño en el pecho de la madre es, ante todo, una recapitulación de su íntimísima unión en el vientre. Y esa unidad amorosa también se conserva cuando el rostro de la madre mira sonriendo al niño a una cierta distancia: aquí surge el milagro maravilloso que el niño, un día, reconoce en el rostro de la madre su amor protector materno y le responde con una sonrisa primera y primordial. Frente a la perfecta e inmediata intuición que aquí reina – anterior a cualquier juicio y conclusión discursiva- vale sólo el asombro ante lo maravilloso: el amor, como lo originario por excelencia, es comprendido e iluminado y por eso en el niño se abre el capullo adormecido y latente de la autoconciencia³*”.

La sonrisa de la madre⁴, se convierte entonces en la palabra que llama y despierta al yo del niño. Ella, como pura y limpia imagen del amor, permite el despertar de la conciencia filial. “El significado de **la sonrisa**⁵ y de la entrega de la madre es la respuesta suscitada por ella misma del amor al amor en la llamada al yo a través del tú”. “Y precisamente porque sabemos que el tú de la madre no es el yo del niño, sino que ambos centros vibran dentro de la misma **elipse** del amor; porque conocemos también desde el principio que este amor es el bien supremo y absolutamente suficiente, más allá del cual no se puede esperar a priori nada más alto, porque en este yo-tú se encierra fundamentalmente (como en el paraíso) la plenitud de la realidad, y todo cuanto se puede experimentar más tarde, como desengaño, deficiencia y nostalgia ardiente es tan solo desviación de aquel amor, precisamente por eso todo viene iluminado por el rayo de luz de este origen –yo y tú y mundo- con una irradiación tan clara y pura que incluye en sí una apertura a Dios”.

El niño, evocado a la conciencia de sí mismo por el amor, por la sonrisa de su madre, descubre el horizonte del Ser infinito en este encuentro revelándose cuatro cosas: 1) que él es *uno* en el amor con su madre al tiempo que no es su madre; 2) que este amor es *bueno* y, por tanto, todo Ser es bueno; 3) que este amor es *verdadero*; 4) que este amor provoca alegría y gozo, y por tanto todo Ser es *bello*. Y esto en una pura e inmediata intuición, ya que “el infante no “reflexiona” si quiere responder a la sonrisa incitadora de la madre como amor o desamor, pues como el sol hace crecer la hierba, el amor despierta amor. En el movimiento hacia el tú, el yo se descubre a sí mismo. Al darse experimenta *yo me doy*. Al pasar desde sí a lo otro, al abierto y espacioso mundo, experimenta su libertad, su conocimiento, su calidad de espíritu”.

“Ahora bien: en la medida en que, por este camino, el niño responde y co-responde..., aparece en todo su esplendor el edén de la realidad, que se expande en torno al yo como una indescriptible maravilla: no por gracia del yo aparecen espacio y mundo, sino por la gracia del tú. El puede pisar este

³ Op. Cit., 22

⁴ Se nota que es una imagen muy querida por el autor, como nos recuerda el traductor de “Sólo el amor es digno de fe” (pag 72 de la edición castellana), que la resalta en un capítulo de esta misma obra, sugerentemente denominado “La perceptibilidad del amor”. Igualmente la hallamos en el famoso artículo “*El camino de acceso a la realidad de Dios*, donde ocupa un lugar relevante –dicho artículo fue recogido en el volumen tercero de sus esbozos teológicos *Spiritus Creator*, Encuentro, 2004-. Del mismo modo en la última conferencia que dictó Balthasar en Madrid (1988) en la que intentaba ofrecernos en pocas palabras el centro y el corazón de su pensamiento: *Intento de resumir mi pensamiento*.

⁵ “*El camino de acceso a la realidad de Dios*”, *Mysterium Salutis II*, Madrid, 1992, 29-54

suelo de la realidad y salvar las distancias hasta lo otro en fuerza de una gracia que tiene concedida desde el principio y para la que el yo no encontrará nunca *a priori*, en sí mismo, un fundamento suficiente. Si pudiera encontrarlo, no se daría ninguna llamada desde el tú, todo se reduciría a un “estar en sí mismo” del yo y la elipse sería un círculo. Mundo amor y conocimiento se derrumbarían, el ser sería apariencia, la riqueza del contenido se convertiría en ley vacía, el amor sería, en el mejor de los casos, instinto, y el conocimiento mera función.”

“Se requiere un proceso ulterior –que los padres deben esforzarse por encauzar- para diferenciar el amor de los niños, inicialmente indivisible, en amor a los otros hombres y en amor absoluto. Deben procurar enfocar el amor del niño hacia Dios, cosa que se consigue más fácilmente cuando los padres se declaran a sí mismos y se comportan como “hijos de Dios”. Y entonces ya no es necesario “desmitificar” el amor incondicional que surge entre padres e hijos y reducirlo a la limitada escala creada. Al contrario, este amor puede ser aquello que **fundamenta** y soporta el amor paterno-filial expresamente referido al absoluto”. “Solo el cristianismo explicita suficientemente aquello que se halla implícito en la primera experiencia existencial del despertar del espíritu: ser y amar son coextensivos”.

2. La experiencia filial

*“El niño se mantiene de pie en el origen,
dentro del reino de los poderes llenos de solicitud,
que ponen al abrigo, que cuidan maternalmente de él,
y lo protegen paternalmente.
Si él comprende, siempre percibiendo, el reino del amor,
el fondo del ser y la estructura del mundo, se abre”.*

Metafísica de la Infancia

Al internarnos en este espacio sagrado tomamos como contraseña algunas palabras, alrededor de las cuales girará nuestra reflexión, en un intento de abreviar siempre de nuevo en la fuente manante de la existencia infantil originaria. Ellas serán –un poco siguiendo Siewerth⁶–: acoger, poner al abrigo, y experiencia –originaria-. Al ser “acogido” en el amor de la madre, y ser “puesto al abrigo” de toda tensión y de toda amenaza por la *autoritas* paterna, el niño hace “experiencia” de su ser filial. Y en ese experimentar el ser mismo se abre en su plenitud siempre nueva y luminosa, revelando *de profundis* a aquel que es el Origen de toda fecundidad y todo don.

Veamos un texto de Balthasar en donde, a nuestro parecer, él recoge a modo de declaración de derecho de validez universal, ambos polos complementarios de la experiencia filial: “Cada niño concibe, o debería concebir, su habla como respuesta a una palabra de amor que le despierta, como un agradecimiento tan natural que no tiene la menor necesidad de ser pronunciado”. “Cada niño conoce, o debería conocer, la seguridad absoluta en el seno de la madre, de su padre, de su familia; y toda la obra y los sufrimientos posteriores del adulto deberían alimentarse de las riquezas inagotables de esa seguridad”. Como vemos en este texto – del libro “*El Todo en el Fragmento*”- para Balthasar la experiencia filial está enmarcada esencialmente –ontológica y éticamente hablando- dentro del concebirse como “respuesta” a una palabra de acogida que le ha

⁶ Siewerth, G, “*Metafísica de la Infancia*”.

despertado, tanto como a la vivencia de una “seguridad absoluta” dentro de la familia que al recostarse en el corazón infantil permanecerá como “alimento de riqueza inagotable” durante toda la vida.

Detengámonos un poco en este “acoger”, que constituye la palabra alfa de la existencia, y que tiene la fisonomía del consentimiento originario, al co-afirmar el milagro del ser. Lo primero es un sí redondo y pleno, un fiat originario, por el cual la madre acoge al niño, al inicio y de modo paradigmático en su seno, para luego recapitular esta experiencia, de modo dilatado, en cada separación vivida como enriquecimiento de estos lazos originarios que nunca se pierden. Dios no nos ha colocado, al llamarnos a la existencia, en un lugar de indecisión y arbitrio, como si primero existiéramos, y luego se invitara a los padres a aceptar este don que el niño representa. No, lo primero, lo originario, es una positividad absoluta: es amor que me acoge, y dice sí a la totalidad de mi existencia y al futuro de su devenir. El amor inicial tiene la forma del voto, del fiat, consintiendo y co-afirmando nuestro ser, y sólo a la luz de esta gracia creatural del origen es posible, como veíamos, la existencia del yo, entendida precisamente como palabra que “co-responde”.

El haber sido elegidos de antemano, predestinados, según una idea que Dios tiene de cada uno de nosotros (lo que Balthasar llama la “identidad ejemplar más profunda y oculta”), se representa en un acto ejemplar y paradigmático: el sí de la madre, que ella da en plena libertad, para ponerse a disposición de modo improbable en el cuidado del hijo, y para aceptar por anticipado todo lo que Dios pueda disponer para él según la misión que le tenga reservada. María, a la luz de la Anunciación, será la imagen plena de este misterio. A este acto primordial lo llamamos acogida del niño en el amor, fiat primigenio de la madre que es como un eco, oculto y manifiesto a la vez, del Fiat de Mariano, y también del Hágase genesiaco, por el cual el Padre nos ha regalado la existencia en vistas a que reproduzcamos en nosotros la imagen de su Hijo amado.

Un niño que ha sido acogido manifiesta, por el sólo hecho de existir, la limpidez y la tranquilidad del ser. El niño no es simplemente arrojado, sino que pide ser recibido para llegar a sí. Sólo el amor, que emana de la alianza de los corazones, puede obrar eficazmente en la acogida del niño, como una misión recibida de Dios que llega hasta el olvido de sí. El niño, como fruto del amor que lo recibe y lo mantiene en el reino inconmensurable del ser, es dado a sí mismo, en una dependencia total e indigente en vistas a una asunción progresiva de sí. Al mismo tiempo él entra cada vez más en el corazón de los padres, como por efracción, para hacer emanar las fuentes profundas del fervor y la ternura necesarios para su maduración adecuada. La solicitud activa y ordenada de los padres envuelve y protege la vida que se singulariza enraizándose y recogándose. Por su filiación, ésta vibra en armonía en el acuerdo de sus fundamentos celestes y humanos.

Entre la madre y el hijo se teje una comunión de vida y amor cuyo secreto se origina en el sacrificio y oblación de la madre: consagración sellada en particular en los dolores de parto. El niño, dotado por el amor de sus padres, experimenta su ser-en-el-mundo; es de él el centro recogido, en la calma procurada por el reino paterno, en particular por la intimidad corporal con la madre que le transmite el calor de amor vital. Esta clemencia recibida le da la fuerza de la contemplación enraizada en una profundidad inconmensurable y una ingenuidad de apercepción de los sentidos. Su memoria espiritual es despertada a la grandeza de un corazón atento y generoso que sobrepasa ampliamente los esquemas reductores de la psicología del conocimiento. La verdad está dada a la intuición del ser y del amor que se despliega en el ser consciente, siempre y cuando la conciencia no esté endurecida o falseada en su inclinación al mal. El niño ve lo divino y hace experiencia de él en sus padres, en particular del padre encargado del poder. La receptividad de su espíritu, despertada por el amor paterno, es así conducida en una subida y un sobrepasarse guiado por la fe.

Y este haber sido acogidos por el amor, se corona en un ser amparados por el amor. Precisamente la identidad ejemplar fue hacer la experiencia originaria de que hemos sido colocados en

un “escondite protegido primordial”⁷, en un “estado de protección escondida”, gracias al cuidado salvador de los padres, y a su solicitud atenta y llena de fatiga. Este segundo aspecto adquirirá toda su significación, así como todo su vigor dramático, cuando cobremos conciencia de la enorme fragilidad de esta zona originariamente santa, y de lo profundamente amenazada y expuesta que se haya en un mundo caído y afectado por el pecado original. Es por eso que este cuidado salvador, en solicitud atenta y siempre vigilante, supone una especie de “sobreabundancia” del amor, que se pone a disposición en el cansancio y en un olvido de sí que está dispuesto a llegar hasta el sacrificio.

No se puede, en consecuencia, recordarle al niño qué es su derecho, y a los padres cuáles sus deberes, sin pensar al mismo tiempo que la realización del deber surge, en las profundidades morales de su esencia, de un sí enteramente inconmensurable y sobreabundante. La luz del sí originario trae consigo, precisamente, la sobreabundancia de un amor que va hasta el extremo. Del mismo modo se cumple el sí de obediencia del Hijo al Padre para revelar la generosidad desbordante del amor paterno: “Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo” (Jn. 13,1)

El niño, indigente en su ser, es puesto al abrigo por la preocupación y los cuidados que lo sustraen a la ruina, a todo miedo empequeñecedor y opresivo. La angustia, que rodea el corazón del niño, lo lleva a encontrar refugio en el corazón de la madre. El niño se deja raptar, fuera de su pobreza expuesta a la muerte, por la dulzura materna que se da gratuitamente para hacerlo permanecer en un refugio que no se diferencia aún del fundamento original. Así es alumbrado un co-responder originario, un consentir infantil, ya que el niño ha sido llamado a dar un sí que se abandona en la confianza y el agradecimiento por el amor prodigado.

“Porque el niño es en el origen, por naturaleza y por pasión, un acto de decir sí, aprobador y confiado, crece con la energía del estado ingenuo e intacto de su querer con lo que se le ofrece de comida vital a partir de sus padres y educadores”⁸.

Cuando el reino de lo que es santo (sano) falla, el mal no es ya reconocido a partir del bien connatural al niño. Las inclinaciones hacia el bien, ya heridas por el pecado original en su capacidad de compromiso en la unidad de una finalidad, están debilitadas y ya no encuentran la luz motora y ordenadora del amor: se achican peligrosamente. Esta toma la máscara del amor ya sea en la avidez pasional y egoísta, ya se oculta en la seguridad apacible de la chatura sin apertura religiosa o en el círculo cerrado de la indiferencia del corazón. El niño crece entonces en el temor o en la melancolía. Sin arraigo moral en el ser, se encierra en el desorden y el no dominio de sí para endurecerse en una búsqueda impersonal del placer, llegando incluso a veces hasta la determinación del mal.

Esto es tan grave, ya *“que toda discordia en este dominio santo abre heridas en el corazón del niño que, en la mayoría de los casos, no son curables”⁹*, y a su vez tan fácilmente olvidable y pasado por alto, a menudo de manera inconciente en su indolencia y despreocupación moral, que allí cobra sentido la espantosa amenaza de Jesús contra un tal tentador: “Sería mejor que le cuelguen al cuello una piedra de molino y lo tiren al mar, antes que escandalizar a uno de estos pequeñuelos” (Lc. 17,2).

Y, por el contrario, cuando encontramos a un niño, cuando abrimos los ojos ante su maravilla, como nos dice el Evangelio sobre Jesús “Entonces tomando a un niño, lo puso en medio de ellos, y le estrechó entre sus brazos...” (Mc. 9,3), se abre para nosotros –más allá de tanto mal y tanto horror- un claro en el ser, el reino santo de la infancia emana su perfume, y se escucha la melodía inicial de la existencia, que solo alcanzará su plena realización y actualidad en el Niño único y extraordinario, que es Jesús mismo. Y es por esto también que *“allí donde un niño, que busca ayuda en cualquier situación de*

⁷ Balthasar, Op. cit. 14 y 17

⁸ Siewerth, , Op. cit., cap 7: *Filiación y Existencia Humana*.

⁹ Balthasar, Op. cit., 26

amparo, encuentra un hombre maduro e íntegro, lleva consigo la potencia de una reivindicación y emociona los corazones¹⁰.

La “experiencia originaria”, está configurada por este ser acogido, y ser puesto al abrigo por el amor. Ella configura el núcleo de la experiencia filial, y representa la garantía del buen funcionamiento del futuro de esa vida. Todo desarrollo posterior será, si quiere permanecer salvo y sano, un permanecer en este origen primordial, un volverse siempre de nuevo a él, un hacer memoria desde el fondo del corazón, un volver a nacer, o en definitiva, como dice Jesús, un hacerse como niño. Este conservar los sentimientos originarios, que permite el vivir en la alegría, y la libertad de los hijos, es el fundamento de la “sabiduría de experiencia del corazón”.

“Los padres que hacen de modo activo la experiencia de la identidad ejemplar, no pueden desligarse de su primera experiencia pasiva: ellos, como individuos, están incorporados en la gran corriente memorial de las generaciones, a las que nunca pueden cesar de agradecerse a sí mismos y cuyo pasado se transforma para ellos en presente en la medida que miran hacia el futuro junto con sus descendientes. Esta referencia mutua al pasado y del futuro al presente es, nuevamente, un fragmento de la infancia arquetípica, en la que la espera confiada y segura del bien reposa sobre la experiencia del ya-haber-recibido”¹¹.

3. Los existenciales de la filiación

*“Y solo porque Cristo es, en primer lugar, el Hijo eterno,
puede cumplir la acción de salvación y
por medio de ella hacernos hijos y
—cosa que a menudo los cristianos olvidan—
sólo porque y en cuanto ellos son en primer lugar
hijos e hijas del Padre tienen valor redentor
sus sufrimientos, su lucha por la vida y su muerte.”
Si No Os Hacéis como Este Niño*

Hay en el niño una serie de actos fundamentales y metafísicos, que surgen de la profundidad íntima de la filiación, a partir del centro de su corazón. Ellos se abren como en el arco iris, formando una serie de colores que disgregan la unidad de un solo color: el amor. Ellos son la expresión de esa unidad, y a su vez le dan forma y figura en su diferenciación progresiva. Siewerth enumera los siguientes: aprobar afirmando, confianza que confía, agradecimiento, temor reverencial, entusiasmo (fervor íntimo), obediencia (docilidad), orden y disciplina, conjugándose todos en la formación de una tonalidad afectiva fundamental (especie de acuerdo consigo mismo y su fundamento amoroso) donde el niño es abierto y a la vez recogido en un refugio/abrigo santo.

Balthasar, a su vez reúne, algunos de estos actos, y los despliega en el capítulo 5 del libro que nos ocupa: “Vivir como hijos-niños de Dios”. Allí resalta cuatro, que para él mantienen vivo de modo especial el espíritu de la infancia en la vida cristiana, a imagen de Jesús. Asombro infantil, agradecimiento, docilidad (obediencia), y sobre todo un vivencia infantil del uso y significado del

¹⁰ Siewerth, Op. cit., cap 7, “El Niño Abandonado al Mal”.

¹¹ Balthasar, Op. Cit. 34

tiempo. *“Es que Cristo conservó intactos todos los trazos del ser niño-hijo de Dios, mientras cargaba con la tarea sobrehumanamente dura y difícil de reconducir el mundo entero a Dios¹²”.*

A la hora de concluir con este desarrollo, y respetando los márgenes de extensión y tiempo de exposición, me permito tomar solo aquellos que considero los existenciales de la filiación más primitivos (en el sentido de más cercanos a las necesidades fisiológicas y psicológicas del niño), y quizás más abiertos y coextensivos, que abrazarán luego a todos los otros de forma implícita pero real. Ellos son: el sueño, el juego, y la contemplación en el niño. La santa de la infancia espiritual, Santa Teresita del Niño Jesús, será nuestra guía en este breve recorrido, ya que dormir y jugar fueron las dos ocupaciones de la Palabra que la fascinaron de modo especial.

Los niños duermen más que los adultos, eso forma parte de sus ocupaciones normales. Y precisamente en ese momento en que no nos son accesibles, mantienen ocupados a sus mayores, que deben seguir velando por él. “Duermo”, dice la esposa del Cantar de los Cantares, “pero mi corazón vela”. Y es porque se siente seguro, que el niño se abandona a la oscuridad del sueño y del descanso reparador. Él se entrega indefenso, transportado por las ondas del sueño, a la oscuridad de una noche que le hace reactualizar el acto fundamental de su ser filial: ser acogido y ser puesto al abrigo.

Nunca alcanzaremos un estado de autonomía tal en el que podamos abandonar las referencias fundantes del ser niños –hijos. Siempre tendremos necesidad de dormir, y este regresar al centro velado del corazón, para acurrucarnos en acuerdo íntimo con nuestro ser infantil, se transforma en el signo creatural de nuestra condición de hijos. “En paz me acuesto, dice el salmo, y enseguida me duermo, porque tú solo Señor me haces vivir tranquilo”.

Quizás sea el sueño el predictor más rápido y evidente a la hora de detectar anomalías en el desarrollo del ser infantil. Es que el niño es en su esencia un ser armonizado con el descanso. Alguien para quien la tranquilidad y la calma forman parte del núcleo de su experiencia del mundo, conformando su entorno de modo cálido y sereno. Los trastornos del sueño, y las clínicas del sueño para los adultos –junto a la infinidad de farmacología que la acompaña-, quizás sean en occidente una de las señales más claras del habernos perdido de las manos del Padre, único lugar de descanso para nuestro corazón fatigado. Hemos olvidado el origen, y con él intentamos olvidar esa otra noche fundamental de la existencia, la noche de la muerte. Ya Bernanos había intuido la coincidencia del nacimiento procedente de Dios y de la muerte de Dios, de la angustia del nacimiento y la angustia de la muerte, como verdad de la existencia en su principio y en su fin.

Noche, oscuridad, abismo, muerte, todos signos del lado que nos aterriza de la existencia, aquel en donde profundamente humillados en nuestra condición de adultos, debemos aceptar perder el control de nosotros mismos, y ser reconducidos a nuestra humilde experiencia infantil. Pero el niño entra aquí, al igual que el Cristo que muere y desciende a los infiernos, como un Pantócrator¹³. El niño que duerme –y pocas cosas hay más conmovedoras que ver la quietud con la que duerme un niño- es la imago perfecta de *“Aquel que después de todos los días amargos pasados sobre la tierra, durmió de nuevo entre los brazos de su Madre, en el fresco lienzo fúnebre de la noche, en las manos invisibles del Padre¹⁴”*

Junto al sueño está el juego. En éste el niño crea libremente su mundo. En él las reglas no se pueden conocer por anticipado: pertenecen a esos ambientes de cuento que los niños se crean por su cuenta y sin límites, cuando están entre ellos, o cuando están solos. Un mundo donde ellos mismos son los directores y los espectadores fascinados por la originalidad de las leyes de ese mundo que ellos se han

¹² Balthasar, Op cit. 65

¹³ “Cristo reina sobre estos abismos no sólo como Pantócrator, sino también como niño indefenso, transportado por las ondas del sueño”, R. Schneider, “Winter in Wien”.

¹⁴ Ch. Péguy, citado en “Todo en el Fragmento”, 266.

inventado. El adulto vive todavía esta unidad casi exclusivamente en el sueño, cuando el intelecto severo duerme y la imaginación comienza su carrusel.

*¡Ay del compañero que entra aquí en el juego con reglas fijas, con objeciones gruñonas a las afirmaciones y a las decisiones impenetrables del niño!*¹⁵ El juego sólo conoce una regla: él mismo; el que no la conoce, se excluye a sí mismo, es demasiado viejo para jugar; se ha perdido demasiado lejos del origen en lo vertiginoso de la vida, por los campos de la árida y estática razón. *“La exigencia cristiana de mantener viva en todo momento y en toda circunstancia nuestra filiación divina se hace, quizás, tanto más difícil cuanto más el hombre técnico intenta configurarlo y gobernarlo todo por sí mismo*¹⁶. *Y este avance desvaloriza más profundamente que nunca el misterio maravilloso del ser niño.*

Pero ya que el ideal de la autofabricación del hombre significa infaliblemente su autodestrucción —el hombre se transforma en un Golem— la imagen directriz cristiana contrapuesta del nacer de Dios, de la filiación de Dios, aun del hombre maduro, activo y creador, conserva e incluso aumenta su plena vigencia. Sólo la visión cristiana del misterio de la infancia permite hoy crear un contrapeso contra las impiedades de la ilusión del progreso, tanto si se presentan éstas como anticristianas, neutrales o incluso cristianas. Es que cada niño empieza en el mismo punto: en la novedad absoluta del ser, en el mismo asombro absoluto, que es el acto fundamental de la filosofía: y entra en el mismo juego, que es la superioridad perfecta sobre todas las cosas, pero en ellas, sin ningún distanciamiento frío y resignado respecto a ellas. ¿Y dónde encuentran estas dos actitudes frente a las cosas —en donde entrevemos el objetivo último de la ciencia en general y de todo el quehacer humano—, un rostro paradigmático que nos sonrío en nuestra desazón, sino es en el jugar despreocupado y alegre del niño?

Pero el niño es también un maestro en el arte de la contemplación. Parece increíble, ya que los ojos son el único órgano del que los niños conocen el uso completo. Un niño acostado en su cuna o en un prado, mira. Observa durante horas, arriba y abajo. No se sabe con certeza lo que ve, si percibe en concreto el objeto mismo sobre el que proyecta su mirada. Está sumergido en la contemplación. Es una contemplación que difícilmente se distingue de la identidad que el que mira y el que es mirado constituyen en el origen, en Dios. Nunca más recuperará el hombre esa mirada, nos dice Balthasar, excepto tal vez al final, cuando los ojos del moribundo se dilatan con una atención terrible, silenciosa, para volver a ver aquello de lo que la criatura, al entrar en la vida, se había apartado.

La mirada del niño es simple, y está siempre extasiada por lo que ve. La esencia metafísica de lo que es simple es nada más que esto: que ella no puede ser medida. Arrebatado en la contemplación de las cosas, no las experimenta como delectación sensible, sino como resplandor, como belleza y bienaventuranza de las cosas, y, a partir de estas, como pureza (alegría) y claridad de colores y formas. Un niño es un ser-en-medio-de-sí redondo y realizado, que tiene ojos. Porque el niño “ve con el corazón”, ve, como dice Saint-Exupéry, “bien”. Él es percepción pura, y sorpresa encantada, y nosotros no lo comprendemos sino cuando vemos al mismo tiempo la profundidad interior a partir de la cual se produce la mirada.

Bajo este punto de vista hay una profunda verdad en la afirmación que el adulto auténticamente religioso ha conservado su “fe de niño” o vuelve a ella. Es como volver a mirar el mundo desde la fe, pero esta vez con ojos simples, iluminados, de niño. Allí donde no hay tal mirada original la fe de muchos queda plagada de contradicciones difíciles de conciliar y está así expuesta a la realidad rasgada de dudas, fuente de tormento y de debilitamiento, incluso cuando están sobrepasados por la reflexión “racional” no paran de emerger brutalmente. Cuando por ejemplo la oscuridad del mundo le hace sombra al amor de Dios, o cuando, en las penas de las debilidades humanas, la ley moral hace aparecer el juicio divino con una frialdad tiránica.

¹⁵ Balthasar, *“Todo en el Fragmento”*, 264.

¹⁶ Balthasar, *“Si No os Hacéis como Este Niño”*, 63

En cambio, el niño vive en una plenitud sin crecimiento posible, en un mundo abierto a la pura contemplación, nos dice Siewerth, y las criaturas lo saludan con la fuerza original de una ascensión. Es únicamente porque la simplicidad de este evento se nos hizo algo habitual y ordinario y, sin duda más allá de nuestra manía de calcular y de la abstracción verbal de nuestra formación, algo que no se tiene en cuenta y que se olvida, que tomamos la vida contemplativa del niño como una realidad sin importancia.

Esta actitud contemplativa, fuente permanente de asombro **infantil**, acompaña todo el desarrollo del devenir del niño. Así vemos como el Jesús niño se maravilla de todas las cosas: desde la existencia de su amorosa Madre hasta de su propia existencia, y a partir de ambas se maravilla de todas las formas del mundo circundante, desde la flor más pequeña hasta el cielo infinito. Pero este maravillarse proviene de un maravillarse mucho más profundo del Hijo eterno, que en el Espíritu absoluto del Amor se maravilla sobre el Amor mismo que penetra, anima y excede todas las cosas. “El Padre es más grande que yo”: ese comparativo nos dice más que un positivo “grande”, mucho más que un superlativo “el más grande”, con el que sería alcanzada una conclusión insuperable. El comparativo es la forma lingüística de la maravilla.

El Niño Divino, Arquetípico, en todas sus palabras y acciones delata que Él contempla al Padre en eterno asombro de niño: “El Padre es más grande que yo” (Jn. 14,28). Y por cierto, irrecuperablemente más grande, pues es el origen de todo, también del Hijo. El Hijo nunca piensa recuperar ni adelantarse a su Origen, pues con ello sólo se aniquilaría a sí mismo. El Hijo se sabe don, regalado a sí mismo e inexistente sin el donante, el cual toma distancia del don y a la vez se dona en él. Lo que el Padre regala es el “ser sí mismo”, la libertad, y por tanto la autonomía, que solo es concebible como transferencia, como don que pasa al otro. “Yo y el Padre somos uno” (Jn. 10,30), pues el Padre entrega, como propio, todo al Hijo, y la libertad paterna también forma parte de este todo. Y precisamente esta transferencia es objeto de sorpresa, de maravilla y de agradecimiento eternos. Pues el acto de la entrega de sí del Padre al Hijo es un presente eterno, no es nunca algo pasado, concluido, ya acontecido, o algo más allá del derrame de amor, algo debido o exigido. Si bien es lo recordado anterior a todo lo pensable y memorable, permanece lo ofrecido siempre de nuevo, lo esperado en infinita confianza de amor.

Conclusión

De ningún modo pretendimos ofrecer una mirada complexiva del pensamiento de Balthasar acerca de la realidad de la infancia, reflejada en el libro que nos ocupa. Y menos aún brindar un panorama total de la realidad del ser filial, en términos filosóficos y teológicos. El intento fue solo presentar un esbozo, casi un bosquejo, como si en la repetición del trazado de las líneas, que expresan su incompletud, se presintiera el todo de su realización.

Somos conscientes que intentamos acercarnos, ante todo, a la realidad creada del ser filial. Allí el ser filial se expresó de triple manera. Ser hijo de la naturaleza, en la que nos recibimos a nosotros mismos en libertad; ser hijo del hombre a través de la acogida humilde pero preñada de misterio del seno materno; ser hijo de Dios, ya que todo engendramiento humano remite a su fundamento celeste y divino, y lo prefigura. Tres aspectos del único e indiviso ser filial.

Ser hijo se convierte así en la única realidad universal de la condición humana. Todos somos, por detentar la calidad de humanos, hijos. También lo podríamos expresar así: allí donde el amor de unos padres acogen a un niño, -que ha sido fruto tanto de su deseo como de la idea que de antemano Dios tuvo de él-, y le brindan un espacio de seguridad originaria, un techo protector o un cuarto que abriga, encontramos un rasgo propio de la condición humana, que caracteriza su esencia.

Esta realidad simple y cotidiana es la maravilla sin cesar olvidada. La Palabra-niño, a causa de su silenciosa impotencia, puede ser rechazada con tanta facilidad, con mil medios, casi sin que aún el

hombre piadoso llegue a darse cuenta (del mismo modo que la sociedad humana se construye sobre el asesinato escondido, mil veces consumado, de no-natos, como si no hubiera que derrochar ni una palabra a propósito de semejantes fundamentos). El olvido del ser consiste en, encerrándose, alejarse de esta simplicidad, de la ingenuidad del ser y de su iluminación original en la verdad, que sólo puede ser percibida en la gratuidad y el desinterés de su propia luz. Para ver, hay que tener ojos de niño.

¿Pero es que acaso puede uno entrar otra vez en el seno de su madre y nacer de nuevo, para volver a adquirir esos ojos simples e infantiles? (Jn. 3, 9 ss). ¡Esto tan elemental, es el presupuesto de todo lo demás! Jesús al abrazar al niño, le dio a ese gesto un significado inesperado e insospechado en su simplicidad. A lo que Jesús aspira es a un recogimiento y atesoramiento salvadores de los bienes santos supra-morales del origen en – y para- el tiempo de la madurez. En esta nueva infancia frente al Padre perfectamente bueno, la esperanza firme en el bien que se implora deviene tan infalible gracias a la bondad ya experimentada, que, permaneciendo tal, se transforma ya ahora en presencia plenamente real: “Todo lo que pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis” (Mc 11,24). “En esto está la confianza alegre, sincera y plena de esperanza (*parresia*¹⁷) que le tenemos: que Él nos escucha si le pedimos algo según su voluntad. Y si sabemos que nos escucha en todo lo que le pedimos, entonces también sabemos que ya poseemos lo que le hemos pedido (1 Jn. 5,14 ss).

-
- ¹⁷ Algunas acepciones del término “*parresia*” según el NT: 1- El cristiano liberado se ve lleno de una confianza intrépida, de un orgullo al que el NT llama *parresia*. Esta palabra típicamente griega (literalmente: **libertad para decir todo**) designa sin duda una característica del cristiano y todavía más del apóstol: **delante de Dios un comportamiento de hijo** (cf. EF 3,12; Heb 3,6; 1 Jn 2,28; 3,21) pues en el bautismo se recibe un espíritu de hijo adoptivo y no un espíritu de esclavo (Rom 8, 14-17) y, por otra parte, ante los hombres una seguridad para anunciar el evangelio (Hech 2,29). 2 - En Juan su enseñanza coincide con la de los Sinópticos en cuanto **a la certeza de ser escuchado** (*parresia* en 1 Jn 3,21; 4,12), pero la condición “en mi nombre” abre nuevas perspectivas. 3- El justo salvado de la vergüenza. Por Dios, por Cristo. El justo es atacado por la vergüenza: la gente le vuelve la espalda (Is 53,3, Sab 5,4, Sal 69,8), se le identifica con la vergüenza (Sal 127,7). Pero él pone el rostro de piedra. Con frecuencia se habla en el NT de no avergonzarse u otras análogas en un sentido que implica una voluntad activa de creer, por lo tanto de obrar y de hablar, sin temer la vergüenza. El creyente debe contar con el oprobio (Mt 5,11), pero no debe avergonzarse de Jesús ni de su Palabra. San Pablo no se avergüenza del evangelio; aún cuando todavía aguarda el juicio que dará plena verificación a su esperanza, se atiene firmemente a esta esperanza, hablando y obrando en conformidad con ella. Esta actitud en la *parresia* **o seguridad de sí (otros traducen orgullo) es el lenguaje y la acción de un hombre liberado de la vergüenza por la fe.**